

# Prólogo

## Agosto de 2003

El día que murió mi madre, crecí de repente. Fue aquel caluroso veinte de julio de 1935. Papá nos había dejado dos años antes y, como solo me tuvieron a mí, comprendí que me había quedado sola. Una hermana de la abuela había viajado desde Saint Malo hasta París para ayudarme con el entierro y hacerme compañía. Florence se llamaba, ahora lo recuerdo. Cada día me cuesta más retener los nombres, las caras las olvidé hace mucho tiempo.

La tía me llevó hasta la habitación de mi madre y abrió el armario.

—Ahora estás sola, Marissa. Yo soy vieja y poco puedo hacer. Tienes que salir adelante por ti misma —me advirtió, señalándome los zapatos de mamá.

Bajé la vista a los míos y comprendí qué quería decir. Me senté en la cama, me descalcé y mientras desnudaba mis pies supe que me estaba quitando para siempre aquellos calcetines calados de perlé. Mi vieja tía me indicó con la cabeza que mirase bajo las perchas, apremiándome a hacerlo. Cogí los zapatos de charol negro de mamá y me los puse.

—Me aprietan un poco.

—Con el tiempo irán cediendo, como el dolor que sientes ahora —me dijo.

Contemplé mi aspecto en la luna del armario. Era la primera vez que llevaba tacón. No tenía a nadie que cuidara de mí, así que ya era una mujer...

Monique sintió una extraña congoja al leer aquellos párrafos rasgueados con la caligrafía vacilante de una persona enferma o muy mayor. Pero su curiosidad innata le impedía cerrar el cuaderno que acababa de encontrar en el fondo de aquel cajón, bajo las sábanas planchadas con tanto esmero que tía Elora acostumbraba a perfumar con atadillos de lavanda. Pasó página, necesitaba averiguar quién era la mujer que había escrito aquello.

Los recuerdos se me escapan de la cabeza, a pesar de lo mucho que me esfuerzo en retenerlos. Y antes de que pierda del todo la memoria, hija mía, hay algo que debes saber...

Monique oyó pasos que se acercaban por el pasillo y cerró el cuaderno antes de que tía Elora entrara en la habitación.

—Mira la hora que es y todavía no has abierto la maleta —la regañó.

A Monique no le sorprendió la reprimenda, estaba acostumbrada a su tono brusco. Se puso en pie, dispuesta a deshacer su equipaje. Acababa de llegar para pasar las vacaciones en Beauville. Ese año, Giselle se había adelantado y ya llevaba en la Provenza quince días. Desde el otro lado del pasillo llegaba la voz de Shakira; Monique observó de reojo la mueca de fastidio de su tía, cansada de repetirle a cada momento que bajara el volumen de su MP3.

—¿Dónde has encontrado eso? —le preguntó, sorprendiéndola.

En un primer momento no supo a qué se refería, la pista se la dio su mirada, clavada en el cuaderno, olvidado sobre la colcha de ganchillo.

—Estaba en el armario, lo vi al abrir un cajón...

—Déjalo donde estaba.

—Lo siento, solo he leído la primera página.

—No se trata de una de esas novelitas que tanto te gustan. —A Monique le molestó la frialdad de su tono—. Además, todavía no tienes edad para entender ciertas cosas.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Anda, baja a abrir —ordenó.

Su tía abandonó el dormitorio, murmurando de mala gana y, mientras bajaba las escaleras, Monique la oyó encaminarse con pasos enérgicos hacia el otro extremo del pasillo. A Giselle iba a caerle una buena por tener la música tan alta. En ese momento, sonaba el famoso Aserejé llegado del otro lado de los Pirineos. Seguro que su prima acababa de ser sorprendida por tía Elora bailando aquellos pasos que todas las chicas, ella incluida, habían aprendido ese verano.

Bajó a abrir, como le había pedido, y al hacerlo, Monique se olvidó de la música y del baile de moda, porque allí estaba él.

Paul... Con su sonrisa de siempre, su piel bronceada y sus músculos destacando bajo la camiseta blanca. Llevaba un ramo de margaritas en la mano y Monique creyó que el corazón se le salía del pecho. Eso significaba que Paul no lo había olvidado. Ella tampoco, cómo iba a hacerlo. Llevaba un año entero recordando su primer beso. Se lo dio él, durante el Festival de la Lavanda, cuando sonaba en la verbena aquella canción de The Calling cuya letra había repetido en susurros cada vez que la escuchaba durante el curso. «Encontraré el camino para volver algún día». Y ella había vuelto, estaba allí, en la Provenza, un verano más, un año más mayor y más mujer.

—Hola, pequeña. No sabía que habías llegado —dijo, revolviéndole el pelo con un gesto travieso.

Monique giró la cabeza, molesta, y se peinó con las manos. Odió que la tratara como a una niña.

—¿Tienes coche?

Paul se giró hacia su Audi que relucía al sol como el ónix.  
—¿Te gusta? Me lo compré con el dinero que gané con los anuncios.

Monique recordaba bien a qué campaña publicitaria se refería. Ella llevaba meses admirando a escondidas las revistas en las que Paul parecía un dios mojado, las guardaba como un tesoro.

Oyó trotar unos tacones escaleras abajo y no hubo necesidad de que nadie le dijera quién era. Por si el taconeo brioso no fuera pista suficiente, le bastó mirar a Paul y observar un destello en sus ojos al verla bajar.

—¡Paul! —exclamó Giselle.

Monique se hizo a un lado. Era obvio que su prima había aprovechado bien las dos semanas que le llevaba de ventaja. Cogió el ramo de las manos de Paul y se abrazó a su cuello.

Acongojada, quiso dejarlos solos en el umbral de la puerta, prefirió subir las escaleras a toda prisa para no presenciar la escena.

A Giselle nunca le había interesado Paul, pero a Monique no le extrañó que su opinión sobre él hubiera cambiado. Ella también suspiraba cada vez que lo veía cuando abría una revista, con el torso desnudo y cubierto de gotas en aquellos anuncios de bañadores de competición. Resultaba curioso que Giselle no sintiera interés por él dos años antes, cuando se convirtió en el héroe de la región y de Francia entera al volver con dos medallas de las Olimpiadas de Sidney. Entonces las dos lo veían fuera de su alcance, pero ahora ya no eran unas crías. Giselle tenía la misma edad que ella y las tetas el doble de grandes. Sabía muy bien cómo atraer la atención de los chicos. No era extraño que sucumbiera a la tentación de conquistarlo después de ver aquel cuerpo esculpido en vallas publicitarias de tres metros por cinco. Y además, era mayor y tenía coche nuevo.

Oyó que la puerta se cerraba y caminó hacia la habitación, tratando de pensar solo en las novedades buenas. Aquel iba a ser el primer verano en el que tendría una habitación para ella. Tía Elora así lo había dispuesto. Por fin no tendría que compartirla con Giselle ni aguantar su manía enfermiza por el orden, ni escuchar su música a todas horas ni sus protestas para que apagara la luz.

Aunque Monique sentía que había perdido interés por aquellas novelas amarillentas que compraba en la tienda de antigüedades y cachivaches de segunda mano del señor Allamand. El verano anterior las devoraba. Y cuando veía a Paul a caballo con los fajos de lavanda a ambos lados de la montura durante los días de cosecha, aún las leía con más pasión, imaginándolo en el papel de un señor de las Highlands, caballero templario, duque atormentado o irresistible *cowboy*. Recordó el ramo de margaritas en manos de Giselle y, decepcionada, pensó que ya no le apetecía leer historias de amor inventadas.

Monique era muy observadora, su padre siempre le decía que esa virtud le daría algún día muchas alegrías. Y aunque aún no se había decidido a estudiar la carrera de Periodismo, como este le aconsejaba para continuar con la tradición familiar, reconoció que sí poseía esa cualidad. Nada más entrar en la habitación reparó en el detalle. Sobre la cama, solo vio el número de la revista *Marie Claire* que había comprado en París mientras esperaba el tren. El viejo cuaderno de gusanillo de tapas marrones y hojas pautadas había desaparecido.

Alzó la mirada y, a través de la ventana, contempló el Audi que se alejaba por la carretera. Paul y Giselle se habían marchado. Como sus ilusiones.



-1-

# Del cielo al infierno

## París, junio de 2014

No podía ser más feliz. Las últimas semanas estaban resultando abrumadoras. Las felicitaciones seguían llegando incesantemente. Su teléfono no dejaba de sonar ni de recibir mensajes de colegas franceses y de otros países dándole la enhorabuena. Siempre retendría en la retina los titulares de los periódicos señalándola a ella, Monique Briand, como flamante ganadora del Albert Londres, el premio más prestigioso del periodismo francés.

El mes anterior había recibido el galardón en una sencilla ceremonia celebrada en Burdeos. Aquella mañana inolvidable, al subir al estrado, sintió que tenía en las manos la recompensa a todos los días y noches de concienzudo estudio en la biblioteca de la facultad, a los años de prácticas en rotativos de Londres y Washington, a la intrepidez de recorrer el planeta en busca de la noticia como reportera de investigación. A su tesón, en definitiva, por demostrar ante la profesión y el mundo que su valía como periodista no le venía regalada por ser hija del dueño del poderoso Grupo Briand de comunicación.

Le otorgaron el Albert Londres por el reportaje sobre los refugiados sirios que malvivían en los asentamientos ilegales de la Llanura del Becá. El gobierno libanés había prohibido los campos de refugiados con la loable intención de que el casi medio millón de expatriados que ya residían en el país pudiera vivir y trabajar donde libremente escogiera. Pero con la llegada de mano de

obra necesitada, los salarios cayeron en picado. Los servicios educativos y sanitarios, ya insuficientes de por sí, se hallaban colapsado. La tensión crecía entre los libaneses que culpaban a aquellos extranjeros de mermar su calidad de vida. Muchos sirios alquilaban chamizos, habitaban edificios sin terminar y, cuando los ahorros se agotaban, no les quedaba otra que plantar tiendas de campaña en el valle del río Becá. Monique recorrió con el alma lacerada aquellos asentamientos donde familias enteras se hacinaban como animales. Convencida de su deber de informar mediante un demoledor testimonio, mostró la realidad que nos incomoda y nos negamos a ver. E hizo lo que su conciencia le dictaba para que gente como la que Monique tenía en ese preciso instante al otro lado de la acera, que reían haciéndose un *selfie* viajero y disfrutaban del segundo café de la mañana en la terraza del Café de la Paix, conocieran el drama de quienes huían de su tierra en busca de un lugar donde vivir en paz. Una injusticia humana para la que no se vislumbraba un final cercano y que solo tenía visos de aumentar.

Monique sintió que el móvil vibraba por tercera vez esa mañana en el interior del bolso y sonrió. Estaba acostumbrada a moverse en un mundo en el que la noticia es fugaz y cae en el olvido en cuanto es sustituida por un nuevo titular. Por eso aquellas llamadas tenían doble valor. Las atendería en cuanto llegar a casa para agradecer a quienquiera que fuera que hubiese tenido el detalle de llamarla transcurridas las semanas, demostrándole que seguía acordándose de ella.

Se apresuró a cruzar el largo paso de cebra de la plaza de la Ópera antes de que cambiara el semáforo, y continuó el camino a casa con el paso exultante y la melena ondulando al aire, porque así se sentía: reconocida y orgullosa de su éxito. Aquellos estaban siendo, sin duda, los mejores días de su vida.

No sospechaba que la euforia que la tenía levitando estaba a punto de esfumarse. Al llegar al kiosco de la esquina del *boulevard* de las Capuchinas, sintió que un viento cruel barría las nubes de algodón sobre las que parecía caminar. Tuvo que tragar varias veces, con la sensación de que se le iba atascando en la garganta toda la rabia que le provocaba aquella portada. La rabia y la tristeza. La vida era una rifa asquerosa y la prensa una trampa de doble faz que tan rápido te regalaba el éxito como te hundía en el lodo. No era justo, ¡por qué a ella!, lamentó temblando de impotencia. Por qué su cuerpo desnudo se exhibía en aquella revista junto al de Phillip Vieil. Aún se acordaba de aquellas locas vacaciones en Acapulco de hacía dos años; poco después se acabó la aventura con el actor. Y accedió a bañarse desnuda porque se trataba de una playa privada.

Monique era una periodista seria, una buena profesional que jamás se había visto envuelta en un escándalo. Aquel era «su» momento, el del premio y las alegrías. ¿Por qué la prensa basura echaba su prestigio por tierra? No supo la respuesta. Pero la realidad se exhibía ante sus ojos, colgada de una pinza en la pared del kiosco. La «bella desconocida» era ella. Monique sí sabía que ese culo era el suyo, aunque el titular no revelara su nombre. Ella, ¡sí, ella!, la periodista más elogiada de Francia, acababa de convertirse en protagonista de una noticia de mierda.

\* \* \*

—No te lo tomes como algo personal, Monique. Esto no va contra ti.

En lugar de irse a casa, como era su intención antes de llevarse el peor disgusto de su vida profesional, Monique había tomado un taxi y se había marchado directa al edificio de Grupo Briand en el *boulevard* Haussmann. En el despacho de su padre estaba, desahogándose con él. Lloró y lloró de rabia hasta que se le agotaron las lágrimas.

—Pero esos—incidió señalando la revista sobre la mesa de reuniones— son compañeros míos también. ¿Por qué me hacen esto?

—No te lo hacen a ti, insisto. Tú no les importas nada. Eres una víctima colateral. Eres la ilustración que da morbo, sin tu culo la noticia valdría la mitad.

Sus palabras eran inclementes. En ese momento le hablaba como André Briand, el magnate de la comunicación y colega, no como padre. Monique seguía sin creer que Phillip fuera tan mezquino como para utilizarla como la guinda *sexy* que dispara la imaginación de los consumidores de ese tipo de prensa, aviva la curiosidad y los incita a comprar la revista.

—¿Estoy en una portada por dinero? —preguntó asqueada, empezando a entender.

La mirada de su padre era elocuente.

—No sé por cuánto, pero ya lo averiguaremos —sentenció; ya había encargado a Richard, su primogénito y mano derecha, que se ocupara de ello—. Y tengo la impresión de que ha sido Phillip Vieil quien lo ha vendido.

—Puede haber sido un robado. Quizá nos siguió algún *paparazzi*.

—¿Hasta México? Eso cuesta bastante dinero y mucho interés tiene que tener el personaje para que a la publicación le compense el gasto. Además, ¿cuánto tiempo hace que ese tipo no estrena una película?

—No lo creo capaz de venderme para darse publicidad.

—Discrepo. En cualquier caso, la intención de las fotos es que se le vea bien a él. A ti se te ve de espaldas, eres el adorno erótico que aumenta el precio.

—Papá, esto puede hundir mi carrera.

—Ni hablar de eso. Los escándalos son noticia pasajera. Todos, hasta los ciscos políticos más graves pierden interés. Estas fotos en una semana serán pura anécdota y además nadie sabe que eres tú.

Richard Briand entró en el despacho sin llamar. Monique lo recibió con una mirada tan abatida que su hermano contuvo la ira que traslucía su mandíbula tensa y, antes de sentarse entre su padre y ella, le dio un cariñoso apretón en el hombro.

—Ha sido Vieil, comprobado —anunció—. El dicho no falla: cara de bobo, dientes de lobo.

—¿Y por qué precisamente ahora que me han dado el premio?

Richard enlazó ambas manos y se inclinó sobre la mesa con actitud enérgica. André Briand era un padre muy joven para tener dos hijos como ellos, puesto que la paternidad le explotó en las manos fruto de un embarazo adolescente. Con todo, era un hombre con mucho bagaje periodístico a sus espaldas y la imperturbabilidad que aportan los años. Por las venas de Richard aún corría la sangre con la efervescencia de la treintena.

—Monique, esa pregunta es de becaria —amonestó a su hermana—. Sabemos que la revista ha pagado dinero por este reportaje y a qué bolsillo ha ido a parar. Pero no perdamos de vista que pueden ir, no a por ti, sino a por papá.

—Es cierto, cuando se sepa que eres tú, el escándalo será mayor. Puede que pretendan perjudicar los intereses del Grupo Briand.

—Ya sabemos cómo funciona esto —prosiguió Richard—. Cuanto más jaleo, más fama para Vieil, que no pasa precisamente por su mejor momento.

—Tú mismo acabas de decir que no se me reconoce. ¿De verdad piensas que Phillip puede filtrar que se trata de mí?

—Puede hacerlo y lo hará si le conviene. Es una posibilidad más que probable —confirmó su padre.

Monique se acodó en la mesa y escondió la cara en las manos.

—No me puedo creer que me esté pasando todo esto.

Esta mañana me sentía la reina del mundo y ahora mismo solo quiero esconderme en un armario.

—¡No digas tonterías! —le espetó Richard.

Su padre lo frenó con una mirada y cogió a Monique por el antebrazo para que dejara de taparse la cara.

—Escúchame con atención. Hay gente que busca la fama por la vía fácil, otros se la ganan con esfuerzo. Tú eres un ejemplo. No permitas que nadie, ni siquiera este desagradable episodio, te amargue el orgullo del premio. El Albert Londres es una distinción de la que pueden presumir muy pocos.

—Y de Phillip Vieil ya me encargo yo —aseguró su hermano con una mirada beligerante—. Va a desear que la tierra se lo trague, te lo aseguro.

Al salir del edificio, unos reporteros de prensa la estaban esperando. Monique se aterrorizó, en su vida se había visto aturdida por el agobio de varias voces que le preguntaban a gritos a un tiempo. ¿Tan rápido habían averiguado que la acompañante de Phillip en aquellas fotos era ella? Nunca habían salido juntos en las revistas, en su relación fueron discretos porque ella huía de la fama que acompaña a un actor. Su foto apenas había aparecido en prensa, la última, en la entrega del premio, pero jamás en ese tipo de publicaciones sensacionalistas. Empezó a asumir que su padre tenía razón al sospechar que, además de para obtener dinero, la habían utilizado como víctima útil con intención de perjudicar al dueño del gran grupo de comunicación Briand.

Trató de esquivarlos, pero tenía a un fotógrafo delante que le impedía el paso. A su derecha, dos micrófonos que casi la golpean en la cara. Se abrió paso pero el de la cámara no dejaba de disparar, prácticamente la tenía acorralada contra la fachada.

—Por favor, no tengo nada que decir...

—¿Sabía que esas fotografías, supuestamente privadas, iban a publicarse?

—¿Ha hablado ya con Philip?

—Se dice que se trata de imágenes retocadas. ¿Puede confirmarnos que todo lo que se ve es natural?

—Somos compañeros —murmuró suplicante—. No me hagáis esto.

Los guardias de seguridad del edificio salieron a socorrerla, con lo que las exageradas protestas de los reporteros apelando a la libertad de información provocaron tal escándalo que se formó un corro de curiosos.

—Señorita Briand, ¿confirma entonces que es usted la mujer que aparece desnuda en las fotos?

—¿Cuál ha sido la reacción de su padre?

—Hace solo unas semanas recibía el Albert Londres en Burdeos. ¿Qué ha sentido hoy al verse en portada?

Monique sintió un empujón por la espalda. Empezó a notar que le faltaba el aire y una presión en la boca del estómago. Se le aflojaron las piernas y empezó a verlo todo negro un instante antes de caer desmayada en la acera.

\* \* \*

—¿Pero por qué me está pasando esto precisamente a mí?

Monique llevaba todo el día haciéndose esa misma pregunta, a sabiendas de que las respuestas que iba a escuchar, por razonadas que fueran, no iban a servirle de consuelo.

—Relájate, por favor. ¿O no recuerdas qué te ha dicho el médico? —aconsejó Patricia.

—Menudo susto nos has dado —añadió Sandra, obligándola a tumbarse en el sofá—. Cierra los ojos y descansa, esto te relajará, tienes los párpados muy hinchados.

Le colocó una rodaja de pepino en cada ojo. El berrinche en el despacho de su padre le vino muy bien para

desahogarse, pero había dejado huella. Sus dos compañeras de piso estaban preocupadas por ella. Después del sobresalto de saber que había llegado en ambulancia, tras el desvanecimiento en plena calle, la obligaron a reposar y a tranquilizarse. Sandra y Patricia se indignaron cuando les contó el lío de las fotos escandalosas que había publicado en portada aquella revista. De haber podido, entre las dos le habrían destrozado la cara a bofetada limpia al famosillo guaperas, porque las tres estaban seguras de que ese reportaje respondía a lo que en la profesión de Monique se conocía como un «robado pactado».

—Qué cerdo... —masculló Patricia, pensando en el imbecil aquel.

Monique seguía tumbada en el sofá como una niña obediente. Aún se estremecía de bochorno al recordar el numerito del desmayo, la llegada de la ambulancia, la preocupación de su padre y de Richard que, en cuanto fueron informados, bajaron a la calle más rápido que una exhalación. Los empleados de seguridad del edificio espantando a sus puñeteros colegas de la prensa rosa.

El equipo médico del servicio de urgencias la tranquilizó en la ambulancia, asegurándole que aquella pérdida de conocimiento era el resultado de un cúmulo de estrés. El cuerpo humano tiene unos límites y cuando la mente se sobrecarga da sus avisos de alarma por medio de achuchones. Se portaron muy bien con ella ofreciéndose a sacarla de la concentración de curiosos y llevarla a su casa, donde fue recibida con los brazos abiertos por sus dos mejores amigas.

Compartían piso desde que Monique regresó del extranjero y, acostumbrada a vivir emancipada, fue incapaz de reinstalarse en casa de su padre. Decisión que él apoyó con secreta alegría, puesto que le permitía recuperar su independencia de hombre soltero. A Monique, le encantaba el centro de París, y allí los alquileres se dis-

paraban; comprar un piso era una opción solo apta para bolsillos más llenos que los suyos.

Buscó un piso compartido y así fue como encontró a Patricia, que necesitaba un par de compañeras que colaboraran a pagar el alquiler. Un mes llevaba instalada Monique en rue de la Paix, cuando se les unió Sandra, periodista como ella; aunque los casi cinco años de diferencia que las separaban impidieron que coincidieran en la facultad. Las tres chicas empezaron como compañeras de apartamento y se convirtieron en excelentes amigas. Sandra era rubia y de la misma estatura, tirando a alta, que Monique. Era la típica francesita *chic*, más resultona que bella pero sabía sacarse partido; cuando cogía unos kilos de más se le iban directos al culo. Monique, con su pelo castaño claro y su buen cuerpo de aspecto atlético, era el equilibrio entre las dos. Puesto que Patricia, de ascendencia latina, lucía una melena negra rizada que era la envidia de Sandra y de Monique. Aunque era la más bajita de las tres, poseía esa figura caribeña con las curvas perfectamente diseñadas para atraer todas las miradas, las femeninas envidiosas y las masculinas codiciosas. Y era dueña del metabolismo soñado, puesto que ya podía atiborrarse de lechuga o de golosinas, que siempre usaba la misma talla.

Monique era soñadora y responsable, caótica y romántica como su París del alma, y extremadamente luchadora, todo lo había ganado a base de esfuerzo y tesón porque, siendo hija de quien era, en su profesión lo había tenido doblemente difícil para demostrar su valía. Patricia trabajaba dando clases de gastronomía y cocina. Y era como su sangre, a ratos fría como una tormenta de Bretaña y a veces dulce como la fruta de Paraguay. Sandra, también norsteña, era, en cambio, el optimismo hecho mujer, igualita que un día soleado en su Normandía natal.

—Necesito unas vacaciones —anunció Monique.

—Eso es verdad —convino Sandra.

—He pensado en marcharme unos días la a Provenza. Allí pasaba los veranos cuando estudiaba en el instituto. Después dejé de ir y solo volví el año pasado al entierro de mi tía.

—¿En el periódico no te pondrán pegas?

—No —aseguró—. Y mucho menos después de recibir el premio. Han entendido que necesito un descanso y alejarme de todo este asunto de las fotos y...

—Huir no es la solución —opinó Patricia.

—Patricia tiene razón. Pero también es cierto que este cúmulo de estrés que hoy ha explotado dejándote desmayada en la acera no es solo fruto de esa portada. Cuidarte y quererte un poco te va a venir muy bien.

—Y quitarme de en medio hasta que el escándalo del desnudo deje de ser novedad, también.

—Aún no comprendo cómo se te ocurrió ennoviarte con Phillip Vieil. Porque no pegáis nada, Monique.

Ella exhaló con cara de cansancio. Se incorporó de golpe y las dos rodajas de pepino le cayeron sobre el pecho.

—Porque era divertido, considerado —recordó mascando un trozo de pepino que, sin darse cuenta, se había metido en la boca—, guapísimo y lo pasábamos bien juntos; hasta que me desenamóré cuando me di cuenta de que él también estaba muy enamorado, pero de sí mismo.

—Deja de masticar, que comer no es la solución a la frustración —recomendó Sandra—. Que se empiece por picotear cualquier cosa y se acaba devorando una tarrina de helado de kilo en el sofá como una ballena varada.

—Pero mira que eres exagerada, es solo pepino ¡déjala!

—Lo digo por su bien, Patricia, que yo ya he pasado varias veces por la etapa de comer hasta reventar para aliviar las penas del amor —argumentó colocando sobre la mesa una caja llena de botecitos de laca de uñas.

Antes de la llegada de Monique, Sandra había pedido la ayuda de Patricia. También era periodista, pero se había decantado por informar sobre moda y belleza. Y como se ayudaba con la escritura de su propio *blog* que disparó su popularidad, estaba considerada una influyente creadora de tendencias. Esa semana tenía que escribir un reportaje comparando las lacas de las marcas de lujo con las que vendían en las cadenas de cosméticos a bajo coste. Y para ello necesitaba la colaboración de sus amigas como conejillos de indias.

Patricia examinó el contenido de la caja y tomó tres colores distintos.

—Dame un par a mí también, a ver cómo quedan —se ofreció Monique.

—En el sofá no.

—Tú descansa que con mis diez dedos y los diez de Sandra tenemos suficiente para dar una opinión.

Monique no siguió el consejo de Patricia. Se levantó del sofá y se acercó a la mesa a curiosear los tonos de pintañas. Sandra le enseñó su preferido, el «rouge noir» de una glamurosa marca centenaria más francesa que la Torre Eiffel.

—¿Estás segura de que te sientes con fuerzas para sentarte con nosotras?

Monique le dio un beso en la mejilla, agradecida por su preocupación.

—Vosotras sois mi mejor medicina —aseguró, sentándose enfrente de Patricia.

—Y los hombres, tú peor veneno —añadió esta soplándose las uñas que acababa de pintarse, una de cada color.

—Di mejor «nuestro peor veneno», que vaya carrerón sentimental llevamos las tres —matizó Monique.

Patricia se envaró en la silla y soltó un bufido a la vez que daba toquecitos en la uña del índice para comprobar el tiempo de secado. Entre tanto, Sandra había sacado un

bloc para anotar sus impresiones respecto a textura, brillo y practicidad del pincel. Las que se referían a la duración las dejaba para los siguientes días. A cambio, las tres iban a tener que llevar una uña pintada de cada color durante una semana.

—Con nuestras experiencias podríamos elaborar un catálogo asqueroso de hombres de los que debe huir toda mujer —apuntó Patricia—. Sería una buena sección para tu *blog*.

—¿Trendy Sandy hablando de relaciones de pareja? —se horrorizó la aludida—. Huy, no, ni hablar. Que luego vendrían las consultas y no soy la más indicada para dar consejos sentimentales.

—¿Este o este? —preguntó Monique levantando un pintañas en cada mano. Sandra le indicó el rosa chicle que llevaba en la derecha—. Aún recuerdo tu última decepción.

—Sí —farfulló con una mueca—. El yogurín de gimnasio que confundía practicar sexo con imitar una película porno.

Patricia la miró de reojo con una sonrisita malvada.

—Yogurín para ti, cariño —dijo en español—. Tú ya has soplado varias veces la velita del tres en la tarta, pero Monique y yo aún tenemos veintiocho.

—Ya llegaréis, pequeñas —aseguró, sacándole la lengua.

—En cuanto al cine porno, pues no sé que tiene de malo —opinó, Patricia.

—Que es puro postureo. En la vida real, tanta gimnasia aburre.

—Pues ya que lo has mencionado, podíamos programar una noche de porno y palomitas en el sofá para las tres —propuso Monique, y miró la expresión poco convencida de Sandra—. De toda experiencia se aprende, ¿no?

—Sí, ¡ahhh! ¡Ohhh! Seeee... Más duro, más dentro, ¡tómame!, más... Nena, sí, ohhhhh, ¡sí! —teatralizó Patricia, echándose a reír al escucharse.

Sandra la señaló con el dedo.

—Tú has visto mucho, mucho, amiguita. Con lo buena nena que pareces.

Ella contraatacó, señalando a Sandra de igual manera.

—Ese ex tuyo podía ser el primer hombre chungo de nuestra lista, el follamán.

—Y el segundo, el capullo traidor, que te lleva a Acapulco a fornicar como conejitos y luego vende las fotos a una revista —continuó Monique, apretando la mandíbula.

Sandra la observó sacudiendo las manos para que se le secaran las uñas. Por nada del mundo iba a dejar que volviera a sumirse en la preocupación del alboroto que había causado la portada infame de aquella revista de cotilleos. Tenían que distraerla como fuera.

—Tercero, el mostrenco —se apresuró a seguir con la lista—. Como aquel alumno de tu escuela que te invitó a cenar y te dijo que el postre le gustaba rasurado. Qué bruto.

Sandra respiró aliviada al ver reír a Monique.

—¡No me lo recuerdes! Acababan de servirnos el entrecot... ¡Y era la primera cita! Me cabreó tanto que agarré una patatita duquesa y se la lancé con toda mi rabia. No le di en la cara, pero al menos lo dejé allí plantado con un manchurrón de grasa a la altura de la tetilla. Por grosero.

—Más imbéciles para el catálogo —continuó Monique—. El que lee los WhatsApp mientras le hablas, el amarguras, el pichaloca, que te pone los cuernos desde el minuto uno, el vago crónico, el que se mira y remira en los espejos, el don Ocupado, que nunca tiene tiempo para ti, el que busca una sustituta de su mamá...

—¡Como aquel que te pidió que le cortaras las uñas de los pies! —recordó Sandra mirando a Patricia.

—Qué asco de tío —barbotó al acordarse—. Y encima se las daba de catedrático, cuando lo único que había leído

en su vida era la etiqueta de un Danone. Con tanto im-  
presentable suelto, no me extraña que los vibradores se  
vendan como salchichas.

Las tres se revolcaron de risa hasta que se les saltaron  
las lágrimas.

—Sois las mejores —aseguró Monique—. Conseguís ha-  
cerme reír incluso en un día horrible como hoy. Os voy a  
echar de menos, par de locas.

Patricia le cogió la mano y se la apretó con cariño.

—Entonces, ¿eso de irte al sur es definitivo?

—Solo me marchó de vacaciones.

Sandra dio una sonora palmada al aire.

—Venga, ¡fuera penas! Y a lo que estamos. Id sopesan-  
do lo bueno y lo malo de cada laca. Y vamos a brindar por  
las vacaciones de Monique, que se las tiene bien mereci-  
das. Estamos de suerte, me han enviado un vino para ver  
si lo recomiendo en la revista.

La vieron marchar a su habitación. Mientras tanto,  
Patricia fue apuntando en el bloc los pros y contras que  
Monique le iba dictando sobre cada una de sus uñas. No  
habían llegado al dedo meñique, cuando tenían a Sandra  
de nuevo con ellas. En la mano llevaba una botella descor-  
chada y en la otra tres copas boca abajo asidas por el pie.

—Así me dais también vuestra opinión y me la guardo  
para otro artículo sobre viñedos y caprichos.

Patricia observó la botella. Se acercó para leer otra vez  
la etiqueta, dudando si aquello era real o la engañaba la  
vista.

—¿De dónde ha salido este vino?

—De Italia —confirmó Sandra, leyendo el origen—.  
Prosecco di Treviso. Ahí hay un aeropuerto al lado de Ve-  
necia, ¿no?

La morena negó sacudiendo los rizos, lo del aero-  
puerto era irrelevante. Era el nombre del vino lo que la  
tenía perpleja.

—¿Pero esta etiqueta es de coña?

—Que no, bonita, que es de verdad. Me enviaron una caja a la redacción desde las bodegas.

Monique leyó la etiqueta sin observar nada raro.

—«Follador». ¿Y?

—¿Nadie le ha dicho a esos bodegueros de Italia lo que significa en español? —cuestionó Patricia, que de las tres era la única que lo hablaba; de hecho era bilingüe gracias a su padre paraguayo.

—¿Nos vas a decir qué quiere decir o vamos a tener que buscarlo en Google? —la apremió Sandra.

—Fo...lla...dor... Follador —silabeó, por si no les había quedado claro

—¿En serio? —cuestionó Monique, boquiabierta.

—¡Y tan en serio!

Sandra hizo gala de su espíritu positivo, a toda situación le veía un lado bueno.

—Pues nos va a sentar mejor que bien —convino con una risilla, a la vez que servía las copas— porque es justo lo que necesitamos las tres: un buen follador.

\* \* \*

Una semana después, la portada escandalosa ya había dado paso a otra del mismo pelaje. Pero Monique seguía con la angustia metida en los huesos. Tenía pavor a tener que enfrentarse de nuevo a las cámaras o a que le estamparan la alcachofa del micro en la boca.

Su padre la había invitado a almorzar en su restaurante preferido. Él solía frecuentarlo porque lo tenía a un paso de casa. Monique acababa de comunicarle su decisión.

—Hace días acordamos tú y yo que la idea de esconderte en un armario quedaba descartada. Hacerlo sería estúpido e inútil —matizó, tomando una porción de su dorada al pesto con el tenedor.

—Necesito unas vacaciones, papá. Estoy muy agobiada, ya no salgo tranquila a la calle.

—Huir de París no es la solución.

—Mis amigas dijeron justo lo mismo.

—Ya lo ves.

Monique terminó de rebañar los restos de brandada de bacalao del plato. Le encantaba la cocina de Prunier, pero los platos de pescado eran algo exquisito.

—Hace años que no paso un verano en la Provenza y echo de menos los largos paseos, la lectura a la fresca y la calma con la que se vive en el sur.

André depositó los cubiertos sobre el plato, dándolo por finalizado. No era cierto del todo, habían regresado el año anterior a Beauville para el entierro de una tía lejana que les legó su casa en usufructo.

—¿Vas a tomar postre?

—Estoy llena, pero el crujiente de piña me encanta. Si lo compartes conmigo, sí.

Así lo acordaron y André pidió al camarero una ración con dos cucharas y que fueran preparando los cafés, uno solo para él y uno *gourmet* a la vainilla para su hija.

—No voy a negar que entiendo tu cansancio. Llevas varios años saltando de país en país.

—La experiencia del Líbano me dejó agotada, física y emocionalmente.

—Márchate entonces a Beauville, descansa este verano. Ya hablaré yo con tu redactor jefe...

—No es necesario —interrumpió—. Papá, ¿cuántos años tengo?

—Veintiocho —sonrió brevemente, a modo de disculpa.

—En ocasiones tengo la impresión de que todavía me ves con dos coletas y el uniforme del colegio.

Y en efecto, la observó atentamente. El instinto paternal no tenía nada de malo, al contrario. Siempre que se limitara al terreno personal. Su hija era una profesional,

incluso a él le resultaba ridícula la actitud de gran jefe dando la cara por su niña.

—Ya he hablado con él y me ha dado permiso —informó Monique, dulcificando el tono.

No pretendía recriminarle aquel arranque de paternalismo. Aunque lo consideraba excesivo tratándose de un asunto laboral, no podía olvidar que fue él quien los crió en solitario, con la única ayuda de la abuela Georgette.

—¿Permiso? —cuestionó.

Monique disimuló la sonrisa. De nuevo tenía ante ella al jefe de jefes.

—Un permiso sin sueldo.

Su padre arrugó la comisura de los ojos casi de manera imperceptible, lo suficiente para demostrar que seguía siendo su padre.

—¿Y de qué piensas vivir durante estos tres meses?

—Algo tengo ahorrado. Pero descuida, ya te pediré que me hagas una transferencia si me quedo sin dinero para chicles y gominolas —sugirió en broma.

Su padre aceptó su decisión con un gesto conformista.

—Bien, pues. Recarga las pilas en el sur y tómate un respiro lejos de los focos y las cámaras —sugirió—. La tía Elora me legó en su testamento el usufructo vitalicio de la finca de la Jabonera, aunque la dejó en herencia al pueblo de Beauville. Así que podemos disfrutarla aunque sea propiedad del ayuntamiento. Pensaba renunciar a ese derecho, pero no pasa nada si lo dejo hasta que regreses.

El teléfono de André sonó en su bolsillo. Él lo sacó para apagarlo sin atender la llamada, ojeó brevemente la pantalla y volvió a guardarlo.

Desde que Monique tenía uso de razón, la vida sentimental de su padre se limitaba a una larga cadena de aventuras discretas. No lo culpaba. Con veintidós años era ya un divorciado con dos hijos, puesto que su madre se largó cuando ella aprendía a caminar. No esperó si-

quiera a que cumpliera el primer año. Todas sus fotografías de cumpleaños eran iguales, aumentaba el número de velas pero siempre aparecían ella, Richard, papá y la abuela. Y el abuelo y fundador del imperio periodístico Briand, al otro lado de la cámara; según las copas de coñac que llevara encima ese día, sacaba la foto más o menos torcida.

—¿Una chica?

Él la repasó con una mirada larga. No era amigo de explicaciones en el terreno afectivo y preservaba su independencia por encima de todo.

—Sí, era una mujer —aceptó escuetamente.

—¿Estás seguro de que quieres renunciar al usufructo de la casa de la tía?

Su padre la miró extrañado.

—Es injusto que yo la disfrute en exclusiva cuando pertenece a todos los vecinos del pueblo. Nadie de la familia tiene el mínimo interés por pasar temporadas campestres en Beauville.

—Yo estoy a punto de hacerlo, ¿no?

Estudiando la cara de su hija, hizo una pausa prudente.

—Si no me equivoco, allí sigue aquel Paul —intuyó—. Y también la chica, aquella nieta de una prima de tu abuela. ¿Cómo se llamaba?

—Giselle —aclaró. Y ante la mirada inquisitiva de su padre, se aprestó a resolver sus dudas—. Ya no tengo quince años, papá, ni dieciséis, ni diecisiete, ni dieciocho. Ya no lloro por los rincones pensando en que ella me quitó al chico que me gustaba cuando éramos unas crías. Además, la casa está alejada del pueblo y voy con intención de descansar. Si los veo, será de casualidad.

—Ahora que hablas de la casa, pensándolo bien, hay un hotelito rural que abrieron hace unos años. Es nuevo y mucho más cómodo que un caserón que lleva año y medio deshabitado.

Monique sonrió con aire evocador.

—No lo ves como yo. A mí sí me gustaría volver a casa de la tía Elora por vacaciones. Cuando pensé en ir a la Provenza sentí una especie de llamada de la nostalgia.

—En tal caso, y si tu sentimental corazoncito así lo desea, adelante. Estás en «mi casa», porque así lo dejó escrito tía Elora en su testamento y si al ayuntamiento le parece mal, será su problema.

—Aunque no sea justo para el ayuntamiento.

—Pero es legal. La vida es así de injusta —sentenció—. Y mi conciencia va a estar absolutamente tranquila porque acabas de ponérmelo en bandeja para lavarme las manos. Tú y yo iremos a un notario, mañana o pasado. Acabo de decidir que voy a cederte el usufructo a ti —informó, dejando su cucharilla al ver de reojo que el camarero se acercaba con los cafés.

—Papá, no...

—Papá, sí. ¿En qué quedamos? Decide tú si quieres conservarla o no. Te repito que a Richard y a mí no nos interesa para nada, porque jamás hemos puesto un pie en esa casa. A fin de cuentas, eras tú la que pasabas allí los veranos.

Monique aceptó a regañadientes. Siendo consecuente, era ella la que había insistido en no renunciar al derecho sobre la casa.

—¿Y eso es así de sencillo?

—Tanto como lo es firmar una cesión notarial.

—Pero ese derecho implica que tendré que ocuparme de las reparaciones y gastos, si no me equivoco.

—Sí, así está estipulado en el testamento. Yo no pienso invertir ni un céntimo en algo que no es mío. Pero si a ti te hace ilusión conservar el derecho a usar la casa, tampoco creo que te arruines por reparar una gotera —opinó—. Piensa que a cambio de eso podrás disfrutarla gratis toda tu vida.

—¿Aunque el dueño siga sienta el ayuntamiento de Beauville?

Su padre alzó un hombro, como si el asunto le importara muy poco.

—Yo no tengo la culpa ni tú tampoco de que nuestra anciana tía les dejara en herencia la finca de la Jabonera, que incluye la montaña y la casa, como si fuera un melocotón con un «bicho» dentro.

—Y ese bicho soy yo —asumió.

—De momento y hasta mañana o pasado, me corresponde ese dudoso honor. Tú lo serás en cuanto te la ceda en el despacho del notario.

Richard se unió a ellos para un segundo café e insistió en llevar a Monique hasta su apartamento, ya que ella no tenía coche. Lo consideraba un gasto innecesario, dado que para ir hasta la redacción solo debía pasear unas cuantas manzanas. Y durante años, contando los que vivió en el extranjero y los que pasó viajando continuamente para cubrir noticias, no lo echó de menos. Estaba acostumbrada a ir en taxi cuando tenía necesidad de desplazarse por la ciudad.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó Richard, cuando detuvo el deportivo frente al portal.

No estaba de acuerdo con ella, opinaba que marcharse de vacaciones tres meses era una exageración, que atribuía a gente caprichosa, millonaria o excéntrica.

—Completamente.

—No me parece una buena idea.

—Pero a mí sí me lo parece. ¿No subes?

Richard negó con la cabeza y Monique se temió que el innato sentido de la responsabilidad de su hermano empezara a convertirse en adicción al trabajo.

—Ni hablar, no quiero correr el riesgo de tropezarme con la bruja.

A Monique no le gustaba que hablara así de una de sus dos mejores amigas.

—No la llares así. Patricia es encantadora.

—De serpientes.

—¿Por qué te cae tan mal?

Richard no se amilanó al ver a su hermana con aquel gesto defensor, las manos en las caderas y cara de gobernanta carcelaria.

—¿Ya no te acuerdas? ¡Se puso como una fiera rabiosa! Me gritó como loca por una tontería.

Tiempo atrás, un día que acudió a visitar a su hermana, Richard abrió la puerta del baño y sorprendió a su compañera de piso sentada en la taza del inodoro.

—A ninguna mujer le hace gracia que la pillen con las bragas bajadas y el rollo de papel higiénico en la mano.

—Ya ves qué drama —ironizó con una risita canalla.

—¿Qué habrías hecho tú, de haber sucedido al revés?

—Me habría reído de la situación.

—Seguro.

Como si no supiera ella lo ridículamente pudorosos que pueden llegar a ser los hombres cuando ven peligrar su imagen ante una mujer.

—¿Qué quieres? No estoy acostumbrado a llamar a la puerta cuando entro en el baño.

—Porque vives solo.

—Eso deberías hacer tú, que ya se te ha pasado la edad de vivir en un piso compartido. Hace años que saliste de la universidad.

Monique chasqueó la lengua, no tenía ganas de discutir ese asunto. Richard amaba la soledad, para él era sinónimo de calma y de paz. En cambio, ella adoraba esos momentos de charla con sus dos amigas, desayunar las tres en pijama cuando podían o una relajante película de chicas compartiendo palomitas y pañuelos de papel en el sofá.

—Entonces, lo de esas vacaciones es definitivo —insistió Richard.

—Necesito un descanso, creo que eso lo comprendes.

—Te aburrirás.

—Tú sí te aburrirías, yo no —rebatí convencida—. A ti nunca te gustó la Provenza. Pero yo encontraré mil maneras de entretenerme. Además, papá me ha pasado la pelota de un conflicto moral sobre el que tengo que decidir.

—¿Qué clase de conflicto?

Monique sonrió. Siempre con una pregunta en la boca, como su padre. Y como ella también. No podían negarlo, los tres habían heredado la curiosidad innata del abuelo, fundador del periódico y del imperio de la información que ahora dirigía el padre de ambos. Llevaban el periodismo en la sangre.

—Que te lo explique él —decidió, subiéndose la manga del jersey para mirar el reloj—. Te dejo, Richard. Ya iremos hablando. Cuídate, ¿vale? —se acercó a la ventanilla y le dio un beso en la mejilla—. Y llámame de vez en cuando, que siempre tengo que ser yo.

Richard le acarició y pellizcó la nariz a modo de despedida.

—No tienes que preocuparte por nada. Tú no has hecho nada malo.

—Ya lo sé, pero no soporto estar en boca de todos.

—Todo pasa y todo se olvida —la tranquilizó—. Tú y yo sabemos la corta vida que tienen las noticias de esa clase.

—No siempre.

—Sobre todo cuando el protagonista es un capullo acabado que no interesa a nadie —insistió, entrecerrando los ojos al acordarse del antiguo novio de su hermana—. Ya me ocuparé, no me conoce cuando me enfado y no sabe con quién se la está jugando. Buen viaje y desconecta en el pueblecillo aquel.

Un coche hizo sonar el claxon, para que Richard se apartara porque le impedía aparcar.

—Lo haré. Adiós, Richard.

Monique subió a la acera y cuando metía la llave en la cerradura sonrió al escuchar a su hermano mientras ponía el motor en marcha.

—Te aburrirás —dijo por la ventanilla antes de apretar el acelerador.